

**EN EL SIGLO XXIX:
LA JORNADA DE UN
PERIODISTA AMERICANO
EN EL AÑO 2889**

JULIO VERNE

SINOPSIS

La jornada de un periodista americano en 2889 es quizás uno de los relatos más interesantes de Verne, en el que se mezclan la ciencia ficción, el humor, la ironía y una visión peculiar, divertidamente futurista, del papel del periodismo en el mundo del siglo XXIX, que resulta de plena actualidad en el siglo XXI.

Julio Verne

**Julio Verne
EN EL SIGLO XXIX:
LA JORNADA DE
UN PERIODISTA
AMERICANO
EN EL AÑO 2889**

**EN EL SIGLO XXIX:
LA JORNADA DE UN PERIODISTA
AMERICANO EN EL AÑO 2889**

Título original: *Au XXIXe siècle:
La Journée d'un journaliste américain en 2889*

©Julio Verne, febrero 1889

Portada: G. Roux (*domaine public*)

Última reedición en papel: 2014

Editorial: Gadir

ISBN: [978-84-9420-184-4](#)

INTRODUCCIÓN

La jornada de un periodista americano en 2889 es quizás uno de los relatos más interesantes de Verne, en el que se mezclan la ciencia ficción, el humor, la ironía y una visión peculiar, divertidamente futurista, del papel del periodismo en el mundo del siglo XXIX, que resulta de plena actualidad en el siglo XXI. Un relato de gran amenidad para lectores de todas las edades.

Julio Verne (1828-1905) es sin duda uno de los padres del género de la ciencia ficción. Estudió derecho pero muy pronto decidió encaminarse hacia la literatura. Completó su formación profundizando en conocimientos científicos que utilizó en sus novelas. Es uno de los escritores más traducidos en todo el mundo y de los más influyentes en la obra de autores posteriores.

Este relato apareció por primera vez en inglés, en febrero de 1889, en la revista *American Review The Forum*, y luego fue reproducido, con algunas modificaciones, en francés.

EN EL SIGLO XXIX:

La jornada de un periodista americano en el año 2889

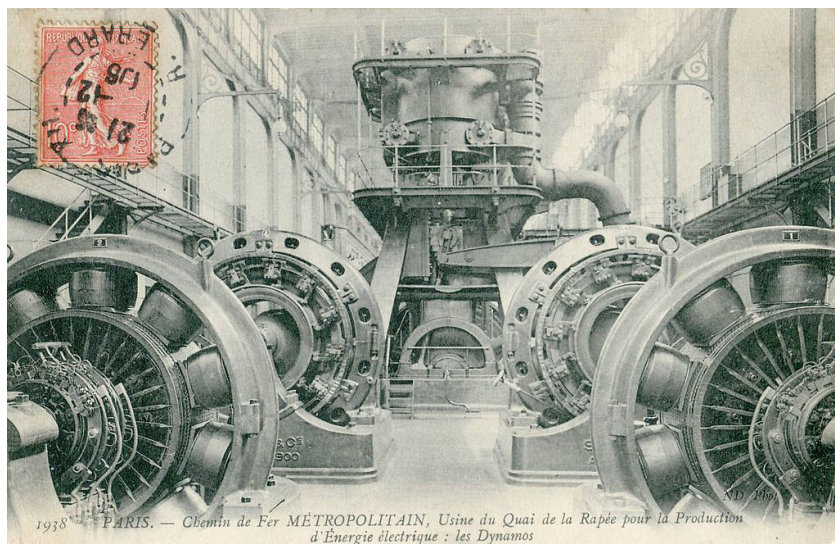
Los hombres de este siglo XXIX viven en medio de una magia permanente, sin que parezcan darse cuenta. Hartos de maravillas, se muestran fríos ante todo lo que el progreso les trae cada día. Todo les parece de lo más natural. Si la comparasen con el pasado, apreciarían mejor lo que es nuestra civilización, y se darían cuenta del camino que se ha recorrido. ¡Qué admirables les parecerían nuestras ciudades modernas, con calles de cien metros de ancho, casas de trescientos metros de alto, con la temperatura siempre igual, con el cielo surcado por miles de aerocoches y de aerobuses! Comparadas con estas ciudades, cuya población puede llegar a los diez millones de habitantes, ¿qué eran aquellos pueblos, aquellas aldeas de hace mil años, París, Londres, Berlín, Nueva York, poblachos mal ventilados y embarrados, donde circulaban cajas renqueantes arrastradas por caballos. ¡Sí, caballos! ¡Es como para no creerlo! Si recordaran el funcionamiento defectuoso de los paquebotes y de los ferrocarriles, su lentitud y sus frecuentes colisiones, ¿qué precio no pagarían los viajeros por los aerotrenes y sobre todo por los tubos neumáticos, tendidos a través de los océanos y por los cuales se los transporta a una velocidad de 1.500 kilómetros por hora? Por último, ¿no se disfrutaría más del teléfono y del telefoto, recordando los antiguos aparatos de Morse y de Huges, tan ineficientes para la transmisión rápida de despachos?

¡Qué extraño! Estas sorprendentes transformaciones se fundamentan en principios perfectamente conocidos que nuestros antepasados quizás habían arrinconado. En efecto, el calor, el vapor, la electricidad son tan antiguos como el hombre. A fines del siglo XIX, ¿no afirmaban ya los científicos que la única diferencia

entre las fuerzas físicas y químicas reside en el modo de vibración propio de cada una de las partículas etéricas?

Ya que se había dado el enorme paso de reconocer la semejanza de todas estas fuerzas; es realmente inconcebible que se haya necesitado tanto tiempo para llegar a determinar cada uno de los modos de vibración que las diferencian. Es extraordinario, sobre todo, que haya sido descubierto tan recientemente el modo de pasar directamente de una a otra y de producir las unas sin las otras.

Sin embargo, así han sucedido las cosas y fue en 2790, hace solo cien años, cuando el célebre Oswald Nyer lo consiguió.



¡Este gran hombre fue un verdadero benefactor de la humanidad! ¡Su genial invención fue la madre de todas las otras! Así surgió una pléyade de innovadores que condujo a nuestro extraordinario James Jackson. Es a este último a quien debemos los nuevos acumuladores que condensan, unos la fuerza contenida en los rayos solares, otros la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, y otros incluso la energía que proviene de una fuente cualquiera: vientos, cascadas, ríos, arroyos, etc. También de él procede el transformador que, extrayendo la energía de los acumuladores bajo la forma de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, la devuelve al espacio, después de haber obtenido el trabajo deseado.

¡Sí! El progreso comenzó verdaderamente el día en que ambos instrumentos fueron concebidos. Sus aplicaciones son incalculables. Al atenuar los rigores del invierno por la restitución del exceso del

calor estival, revolucionaron poderosamente la agricultura. Al suministrar fuerza motriz a los aparatos de navegación aérea, permitieron que el comercio se desarrollara extraordinariamente. A ellos se debe la producción incesante de electricidad sin pilas ni máquinas, de luz sin combustión ni incandescencia y, por último, esa inagotable fuente de trabajo, que ha centuplicado la producción industrial.



¡Pues bien! Veamos estas maravillas en un edificio incomparable, la sede del *Earth Herald*, recientemente inaugurada en la 16823^a avenida de *Universal City*, la actual capital de los Estados Unidos de las dos Américas.



Si el fundador del *New York Herald*, Gordon Bennett, volviera a la vida hoy, ¿qué diría al ver este palacio de mármol y oro que pertenece a su ilustre nieto, Francis Bennett? Han transcurrido veinticinco generaciones y el *New York Herald* se ha mantenido en la distinguida familia de los Bennett. Hace doscientos años, cuando el gobierno de la Unión se

trasladó de Washington a *Universal City*, el periódico lo siguió –a menos que el gobierno haya seguido al periódico– y tomó el nombre de *Earth Herald*.

Que no se piense que haya decaído bajo la administración de Francis Bennett. ¡No! Su nuevo director, por el contrario, le ha infundido una energía y una vitalidad sin parangón al inaugurar el periodismo telefónico. Este sistema era ya conocido, pero se volvió práctico por la increíble difusión del teléfono. Todas las mañanas, en lugar de ser impreso, como antiguamente, el *Earth Herald* se “habla”: en una rápida conversación con un reportero, un político o un científico, los abonados se informan de lo que puede interesarles. En cuanto a los clientes no suscriptos, por unos centavos escuchan el ejemplar del día en alguna de las innumerables cabinas fonográficas.

Esta innovación de Francis Bennett revitalizó el antiguo periódico. En pocos meses su clientela ascendió a ochenta y cinco millones de abonados y la fortuna del director aumentó gradualmente hasta los treinta mil millones, cifra altamente superada en la actualidad. Gracias a esta fortuna, Francis Bennett ha podido edificar su nueva sede, colosal construcción de cuatro fachadas, cada una de las cuales mide tres kilómetros, y cuyo techo está cubierto por la gloriosa bandera de setenta y cinco estrellas de la Confederación.

Francis Bennett, rey de los periodistas, sería hoy el rey de las dos Américas si los americanos pudiesen alguna vez aceptar la figura de un soberano. ¿Lo dudan? Diplomáticos de todas las naciones y nuestros mismos ministros se apretujan en su puerta, mendigando sus consejos, buscando su aprobación, implorando el apoyo de su relación todopoderosa. Calcúlese la cantidad de eruditos a los que anima, de artistas a los que mantiene, de inventores a los que subvenciona.

Penoso poderío el suyo, trabajo sin descanso; ciertamente, un hombre de otro tiempo no hubiera podido resistir tal labor cotidiana. Afortunadamente, los hombres de hoy son de constitución más robusta, gracias al progreso de la higiene y de la gimnasia que han elevado de treinta y siete a cincuenta y ocho años el promedio de vida –gracias también a la disponibilidad de alimentos científicos, en espera del próximo descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá alimentarse... solo con respirar.

Y ahora, si les interesa conocer todo lo que constituye la jornada

de un director del *Earth Herald*, tómense la molestia de seguirlo en sus múltiples ocupaciones –hoy mismo, en este 25 de julio del presente año de 2890.



Francis Bennett se despierta esta mañana de muy mal humor. Hace ocho días que su esposa está en Francia.

Se encontruenta, pues, un poco solo. ¿Puede creerse? Están casados desde hace diez años y es la primera vez que Mrs. Edith Bennett, la *professional beauty*, se ausenta tanto tiempo. Habitualmente, dos o tres días bastan para sus frecuentes viajes a Europa, y más particularmente a París, donde va a comprarse sombreros.

La primera ocupación de Francis Bennett es, pues, poner en funcionamiento su fonotelefoto, cuyos hilos llegan hasta la mansión que posee en los Campos Elíseos.

El teléfono complementado por el telefoto, una conquista más de nuestra época. Si desde hace tantos años se transmite la palabra mediante corrientes eléctricas, solamente desde hace poco se puede

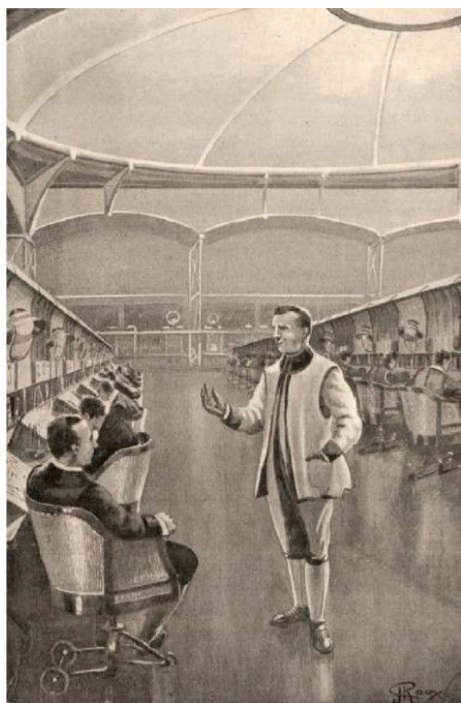
transmitir también la imagen. Valioso descubrimiento, a cuyo inventor Francis Bennett no es el último en bendecir aquella mañana, cuando ve a su mujer reflejada en un espejo telefónico, a pesar de la enorme distancia que los separa.

¡Encantadora visión! Un poco cansada del baile o del teatro de la víspera, Mrs. Bennett está aún en cama. Aunque allá sea casi el mediodía, todavía duerme, con su seductora cabeza oculta bajo los encajes de la almohada.

Pero de pronto se agita, sus labios tiemblan... ¿Acaso está soñando? ¡Sí, sueña...! Un nombre escapa de su boca: “¡Francis..., querido Francis...!” Su nombre, pronunciado con esa dulce voz, transforma en más feliz el humor de Francis Bennett que, no queriendo despertar a la bella durmiente, salta con rapidez del lecho y entra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, sin recurrir a la ayuda de ningún sirviente, la máquina lo deposita, lavado, peinado, calzado, vestido y abotonado de arriba abajo, en el umbral de sus oficinas. La gira diaria va a comenzar.

Francis Bennett entra primero en la sala de los folletinistas.



Esta sala, muy vasta, está coronada por una gran cúpula traslúcida. En un rincón, diversos aparatos telefónicos por los cuales los cien escritores del *Earth*

Herald narran cien capítulos de cien novelas al público aficionado.

Acercándose a uno de los folletinistas que se ha tomado cinco minutos de descanso, Francis Bennett le dice:

—Muy bueno, mi querido amigo, muy bueno, su último capítulo. La escena donde la joven campesina aborda con su enamorado unos problemas de filosofía trascendente es producto de una finísima observación. Jamás se han descrito mejor las costumbres campestres. ¡Continúe así, mi querido Archibald! ¡Ánimo! ¡Diez mil nuevos abonados, desde ayer, gracias a usted!

—Señor John Last —prosigue volviéndose hacia otro de sus colaboradores—, estoy menos satisfecho con usted. ¡Su novela no parece verídica! ¡Corre usted muy rápido hacia la meta! ¡Pero bueno!, ¿y los métodos documentales? ¡Es necesario diseccionar! En nuestra época no se escribe con una pluma, se escribe con un bisturí. Cada acción en la vida real es el resultado de pensamientos fugaces y sucesivos, que es preciso especificar con esmero para crear un ser vivo. Y qué más fácil que servirse del hipnotismo eléctrico, que desdobra al hombre y libera su personalidad. ¡Observe cómo vive usted, mi querido John Last! Imite a su compañero a quien he felicitado hace un momento. Seduzca... ¿Cómo? ¿Que ya lo hace, me dice...? ¡No lo suficiente, entonces, no lo suficiente!

Habiendo dado esta breve lección, Francis Bennett continúa la inspección y se adentra en la redacción. Sus mil quinientos reporteros, situados ante sus teléfonos, comunican a los abonados las noticias del mundo entero recibidas durante la noche. La organización de este incomparable servicio ha sido descrita muchas veces. Además de su teléfono, cada reportero tiene ante sí una serie de conmutadores que le permiten establecer la comunicación con tal o cual línea telefónica. Así los abonados no solo reciben la narración, sino también las imágenes de los sucesos obtenidas mediante fotografía instantánea.

Francis Bennett interpela a uno de los diez reporteros astronómicos, destinados a este servicio, que se ampliará por los recientes descubrimientos del mundo estelar.

—¿Y bien, Cash, qué ha recibido?

—Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte, señor.

—¿Es interesante este último?

—¡Sí! Una revolución en el Imperio Central, a favor de los

demócratas liberales contra los republicanos conservadores.

–Como aquí, entonces. ¿Y de Júpiter?

–¡Aún nada! No logramos entender las señales de los jovianos. Quizás...

–¡Esto le concierne a usted y le hago responsable, señor Cash! – responde Francis Bennett, que muy disgustado se dirige a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus calculadoras, treinta sabios se encuentran absortos en ecuaciones de nonagésimo quinto grado. Algunos trabajaban incluso con fórmulas del infinito algebraico y del espacio de veinticuatro dimensiones como un escolar juega con las cuatro reglas de la aritmética.

Francis Bennett irrumpe entre ellos como una bomba.

–¿Y bien, señores, qué me dicen? ¿Aún sin respuesta de Júpiter? ¡Siempre lo mismo! Veamos, Corley, hace veinte años que usted estudia este planeta, me parece...

–¿Qué quiere usted, señor? –responde el sabio interpelado–. Nuestra óptica aún deja mucho que desear e incluso con nuestros telescopios de tres kilómetros...

–Ya lo oyó, Peer –interrumpió Francis Bennett, dirigiéndose al colega de Corley–, ¡la óptica deja mucho que desear...! ¡Es su especialidad, mi querido amigo! ¡Ponga más lentes, qué diablos! ¡Ponga más lentes!

Luego regresa con Corley:

–Pero a falta de Júpiter, ¿al menos tenemos resultados de la Luna...?

–¡Tampoco, señor Bennett!

–¡Ah! Esta vez no acusará a la óptica. La Luna está seiscientos veces más cerca que Marte, con el cual, sin embargo, nuestro servicio de correspondencia se halla establecido con toda regularidad. No son los telescopios los que faltan...

–No, los que faltan son los habitantes –respondió Corley con una fina sonrisa de sabio.

–¿Se atreve a afirmar que la Luna está deshabitada?

–Por lo menos, señor Bennett, la cara visible. Quién sabe si al otro lado...



—Bueno, Corley, hay un medio muy sencillo para cerciorarse de ello...

—¿Cuál es?

—¡Dar la vuelta la Luna!

Y este día los sabios de la fábrica Bennett comienzan a proyectar medios mecánicos para girar nuestro satélite.

Por lo demás Francis Bennett tiene motivos para estar satisfecho. Uno de los astrónomos del *Earth Herald* acababa de determinar los elementos del nuevo planeta Gandini. Este planeta orbita a mil seiscientos millones trescientos cuarenta y ocho mil doscientos ochenta y cuatro kilómetros y medio alrededor del sol y tarda doscientos setenta y dos años, ciento noventa y cuatro días, doce horas, cuarenta y tres minutos, nueve segundos y ocho décimas.

Francis Bennett está encantado con esa precisión.

—¡Bien! —exclamó—, apresúrese a informar al servicio de reportajes. Usted sabe con qué pasión sigue el público estas cuestiones astronómicas. Quiero que la noticia aparezca en el número de hoy.

Antes de abandonar la sala de reporteros, Francis Bennett se acerca al grupo especial de entrevistadores y, dirigiéndose al que está encargado de los personajes célebres, pregunta:

—¿Ha entrevistado al presidente Wilcox?

—Sí, señor Bennett, y publico en la columna de informaciones que sin duda alguna sufre de una dilatación estomacal y que debe someterse a lavados tubulares de los más concienzudos.

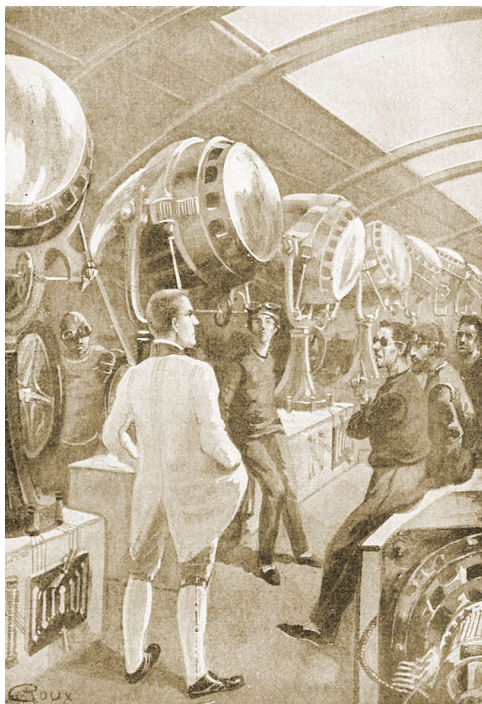
—Perfecto. ¿Y este asunto del asesino Chapmann? ¿Ha

entrevistado a los jurados que deben presidir la audiencia?

—Sí, y están todos acuerdo acerca de su culpabilidad, por lo que el caso ni siquiera será presentado ante ellos. El acusado será ejecutado antes de haber sido condenado...

—¿Ejecutado... eléctricamente?

—Eléctricamente, señor Bennett, y sin dolor... se supone, pues aún no se ha aclarado ese detalle.



La sala contigua, una vasta galería de medio kilómetro de largo, está consagrada a la publicidad y fácilmente se imagina lo que debe ser la publicidad de un periódico como el *Earth Herald*. Produce un promedio de tres millones de dólares al día. Gracias a un ingenioso sistema, una parte de esta publicidad se divulga de una forma absolutamente novedosa, debido a una patente comprada por tres dólares a un pobre diablo muerto de hambre. Consiste en inmensos carteles, que reflejan las nubes, y cuya dimensión es tal que se los puede divisar desde toda una comarca. En esa galería, mil proyectores envían sin cesar esos descomunales anuncios a las nubes, que los reproducen en colores.

Pero, este día, cuando Francis Bennett entra en la sala de publicidad, ve que los mecánicos están de brazos cruzados ante sus inactivos proyectores. Pregunta...

Y por toda respuesta, le muestran el cielo de un límpido azul.

–¡Sí! ¡Buen tiempo –murmura– y la publicidad aérea no es posible! ¿Qué hacer? ¡Si no se tratase más que de lluvia, podríamos producirla! ¡Pero no es lluvia, sino nubes lo que necesitamos!

–Sí... hermosas nubes muy blancas –respondió el mecánico jefe.



–Bueno, señor Samuel Mark, vaya usted al servicio meteorológico de la redacción científica y dígales de mi parte que se pongan a trabajar en el asunto de las nubes artificiales. Verdaderamente no podemos quedarnos así, a merced del buen tiempo.

Tras haber acabado la inspección de las diversas divisiones del periódico, Francis Bennett pasa al salón de recepción donde lo esperan los embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados ante el gobierno americano. Estos caballeros vienen a solicitar los consejos del todopoderoso director. En el momento en el que Francis Bennett entra en el salón, están discutiendo con cierta animación.

–Que su Excelencia me perdone –dice el embajador de Francia al embajador de Rusia–, pero para mí no hay nada que cambiar en el mapa de Europa. El Norte para los eslavos, ¡sea! ¡Pero el Sur para los latinos! Nuestra frontera común del Rin me parece excelente. Por otra parte, sépalo bien, mi gobierno resistirá cualquier

maniobra que se haga contra nuestras prefecturas de Roma, Madrid y Viena.

–¡Bien dicho! –dice Francis Bennett, interviniendo en el debate–. ¿Acaso, señor embajador de Rusia, no está satisfecho con su vasto imperio, que se extiende desde las orillas del Rin hasta las fronteras de China, un imperio cuyo inmenso litoral bañan el océano Glacial, el Atlántico, el mar Negro, el Bósforo y el océano Índico? Además, ¿de qué sirven las amenazas? ¿Es posible la guerra con esos inventos modernos, esos obuses asfixiantes que se lanzan a cientos de kilómetros, esas centellas eléctricas, de veinte leguas de largo, que pueden aniquilar de un solo golpe un ejército entero, esos proyectiles que se cargan con microbios de la peste, del cólera, de la fiebre amarilla y que destruirían toda una nación en algunas horas?

–Ya lo sabemos, señor Bennett – responde el embajador de Rusia–. Pero ¿acaso hace uno lo que quiere? Nosotros mismos somos empujados por los chinos hacia nuestra frontera oriental, y nos vemos obligados, cueste lo que cueste, a intentar alguna acción hacia el Oeste...

–No es lo correcto, señor –replica Francis Bennett con un tono protector–. Bueno, como la proliferación china es un peligro para el mundo, presionaremos sobre los Hijos del Cielo. Tendrá que imponerles a sus súbditos un máximo de natalidad que no podrán superar bajo pena de muerte. Esto compensará las cosas.

–Señor cónsul –dice el director del *Earth Herald*, dirigiéndose al representante de Inglaterra–, ¿qué puedo hacer por usted?

–Mucho, señor Bennett –responde este personaje inclinándose con humildad–. Basta que su periódico consienta iniciar una campaña en nuestro favor...

–¿Y con qué propósito?

–Simplemente para protestar contra la anexión de Gran Bretaña por los Estados Unidos.

–¡Simplemente! –exclama Francis Bennett encogiéndose de hombros–. ¡Una anexión de ciento cincuenta años de antigüedad! ¿Pero los señores ingleses no se resignarán jamás a que, por un justo vuelco del destino, su país se haya convertido en colonia americana? Es pura locura. Cómo es posible que su gobierno haya creído que yo iniciaría esta campaña antipatriótica...

–Señor Bennett, la doctrina de Munro es [sic] “América para los americanos”, usted lo sabe, nada más que América, y no...

–Pero Inglaterra es solo una de nuestras colonias, señor, una de las mejores, convengo en eso, y no cuente con que consintamos en devolverla.

–¿Se niega usted?

–¡Me niego, y si usted insiste, provocaremos un *casus belli* solo con la entrevista de uno de nuestros reporteros!

–¡Entonces es el fin! –murmuró abatido el cónsul–. ¡El Reino Unido, Canadá y Nueva Bretaña son de los americanos, las Indias de los rusos, Australia y Nueva Zelanda son independientes! De todo lo que una vez fue Inglaterra, ¿qué nos queda? ¡Nada!

–¡Nada no, señor! –respondió Francis Bennett–. ¡Les queda Gibraltar!



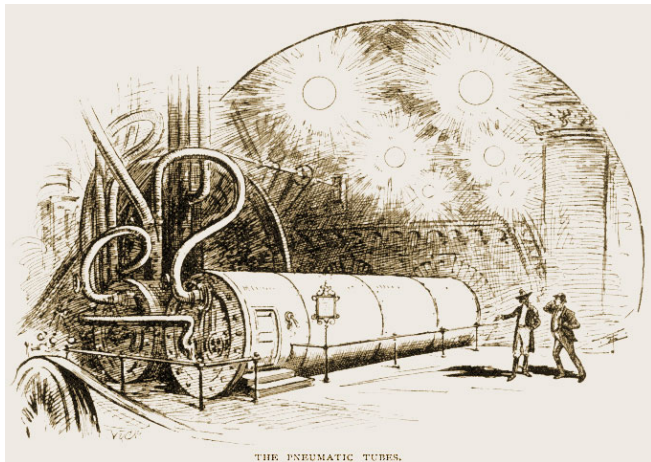
En ese momento dan las doce del mediodía. El director del *Earth Herald* termina la audiencia con un ademán, abandona el salón, se sienta en un sillón de ruedas y en unos minutos llega a su comedor, situado a un kilómetro de allí, en el extremo de su mansión.

La mesa está servida. Francis Bennett ocupa su lugar. Al alcance de su mano está dispuesta una serie de grifos y, ante él, se halla el redondo cristal de un fonotelefoto, sobre el cual aparece el comedor de su mansión de París. A pesar de la diferencia horaria, el señor y la señora Bennett se han puesto de acuerdo para comer al mismo tiempo. Nada más encantador que almorzar así, frente a frente, a mil leguas de distancia, viéndose y hablándose por medio de aparatos fonotelefóticos.

Pero en este momento la sala en París está vacía.

–Edith estará retrasándose –se dice Francis Bennett–. ¡Oh, la puntualidad de las mujeres! Todo avanza, menos eso...

Y haciéndose esta muy justa reflexión, abre uno de los grifos.



THE PNEUMATIC TUBS.

Como todas las personas acomodadas de nuestra época, Francis Bennett, renunciando a la cocina doméstica, es uno de los abonados a la Gran Sociedad de Alimentación a Domicilio. Esta sociedad distribuye mediante una red de tubos neumáticos manjares de toda clase. Este sistema es costoso, sin duda, pero la cocina es mejor y tiene la ventaja de eliminar la cargante estirpe de cocineros y cocineras.

Así que Francis Bennett almuerza solo, no sin cierto pesar, y está terminando su café cuando Mrs. Bennett, regresa a su residencia y aparece en el cristal del telefoto.

—¿De dónde vienes, mi querida Edith? — pregunta Francis Bennett.

—¡Vaya! —respondió Mrs. Bennett—. ¿Ya has terminado? ¿He llegado tarde...? ¿Que de dónde vengo...? ¡De mi sombrerero...! ¡Este año hay unos sombreros fascinantes! ¡Es más, ya no son sombreros siquiera... son domos, son cúpulas! No me he dado cuenta de la hora...

—Desde luego, querida, puedes ver que ya he terminado mi almuerzo...

—Bueno, ve, querido mío, ve a tus ocupaciones —responde Mrs. Bennett—. Aún tengo que hacerle una visita a mi diseñador de moda.

Este modisto es nada y nada menos que el célebre Wormspire, quien proclamó con tanto juicio la máxima: “La mujer no es más que una cuestión de formas”.

Francis Bennett besa la mejilla de Mrs. Bennett sobre el cristal del telefoto y se dirige a la ventana, donde le espera su aerocoche.



–¿Adónde va, señor? –pregunta el aerocohero.

–Veamos... tengo tiempo –responde Francis Bennett–. Lléveme a mis fábricas de acumuladores del Niágara.

El aerocoche, admirable máquina basada en el principio del vuelo de los objetos más pesados que el aire, se lanza a través del espacio con una velocidad de seiscientos kilómetros por hora.

Bajo sus pies desfilan las ciudades y sus aceras móviles que transportan a los peatones a lo largo de las calles, campos cubiertos por una inmensa red de hilos eléctricos.

En media hora Francis Bennett llega a su fábrica del Niágara, en la cual, después de haber utilizado la fuerza de las cataratas para producir energía, la vende o la alquila a los consumidores. Cuando finaliza su visita, vuelve por Filadelfia, Boston y Nueva York a *Universal City*, donde su aerocoche lo deja a las cinco de la tarde.



En la sala de espera del *Earth Herald* hay una muchedumbre esperando el regreso de Francis Bennett para la audiencia diaria que concede a los que la solicitan. Se trata de inventores que piden fondos, empresarios que proponen negocios, todos ellos dignos de ser atendidos. Tras escuchar las diferentes propuestas, hay que

seleccionar: rechazar las malas, examinar las dudosas y aceptar las buenas.

Francis Bennett despacha rápidamente a los que no aportan más que ideas inútiles o impracticables. ¿No pretende uno de ellos revivir la pintura, un arte tan pasado de moda que el *Ángelus* de Millet se acaba de vender por quince francos, debido al progreso de la fotografía en color, inventada a fines del siglo XIX por el japonés Aruziswa–Riochi–Nichrome–Sanjukamboz–Kio–Baski–Kû, nombre tan conocido hoy? ¿No ha encontrado otro el bacilo primigenio, que debería hacer al hombre inmortal tras ser inoculado en el organismo humano bajo la forma de un caldo bacteriano? ¿No acaba de descubrir este, un químico práctico, un nuevo elemento, el *nihilium*, cuyo kilogramo solo costaría tres millones de dólares? ¿No afirma aquel, un osado médico, que si la gente muere aún, al menos muere curada? Y este otro, aun más audaz, ¿no pretende poseer un remedio específico contra el catarro...? Rápidamente despide a todos estos soñadores.

Algunos otros reciben mejor acogida. En primer lugar un joven, cuya amplia frente anuncia una profunda inteligencia.

–Señor –dice–, si antiguamente se consideraba que los elementos eran setenta y cinco, este número se ha reducido actualmente a tres, ¿sabe usted?

–Perfectamente –responde Francis Bennett.

–Bien, señor, estoy a punto de reducir estos tres a uno solo. Si no me falta el dinero, en algunas semanas lo habré logrado.

–¿Y entonces?

–Entonces, señor, lisa y llanamente habré inventado *el absoluto*.

–¿Y la consecuencia de este descubrimiento?

–Será la creación sencilla de cualquier material, piedra, madera, metal, fibrina...

–¿Entonces, podría usted llegar a fabricar una criatura humana...?

–Por supuesto... Solo le faltaría el alma...

–¡Cómo no! –responde irónicamente Francis Bennett que, sin embargo, incorpora al joven químico a la redacción científica del periódico...

Un segundo inventor, basándose en viejos experimentos que

datan del siglo XIX innumerables veces repetidos, pretende desplazar toda una ciudad en bloque. Concretamente la ciudad de Staaf, situada a unas quince millas del mar, que se transformaría en una estación balnearia, tras haber sido trasladada sobre rieles hasta el litoral. Esto aumentaría significativamente el valor de los terrenos contruidos y por construir.

Francis Bennett, seducido por este proyecto, acepta ir a medias en el negocio.

–Usted sabe, señor –le dice un tercer postulante–, que gracias a nuestros acumuladores y transformadores solares y terrestres hemos logrado estabilizar las estaciones. Transformemos en calor una parte de la energía que se genera y enviemos ese calor a las regiones polares, donde fundirá los hielos...

–Déjeme sus planos –responde Francis Bennett– y vuelva en una semana.

Por fin, un cuarto sabio lleva la noticia de que una de las cuestiones que apasionan al mundo entero va ser resuelta esa misma noche.

Se sabe que un siglo atrás un temerario experimento atrajo la atención pública sobre el doctor Nathaniel Faithburn. Partidario convencido de la hibernación humana, es decir, de la posibilidad de suspender las funciones vitales y después de cierto tiempo resucitarlas, se atrevió a experimentar sobre sí mismo la excelencia de su método. Después de haber indicado mediante testamento hológrafo las maniobras adecuadas para volverlo paulatinamente a la vida tras cien años, fue sometido a un frío de 172 grados; reducido entonces al estado de momia, el doctor Faithburn fue enterrado en una cripta por el período convenido.

Ahora bien, hoy es precisamente el día, 25 de julio de 2890, en el que el plazo expira, y viene a proponerle a Francis Bennett que la resurrección esperada con tanta impaciencia se lleve a cabo en una de las salas del *Earth Herald*. De este modo el público podría estar informado al segundo.

La propuesta es aceptada y, como la operación no debe realizarse hasta las nueve de la noche, Francis Bennett se tiende en un diván de la sala de audición. Luego, girando una clavija, establece comunicación con el Central Concert.

¡Después tan ajetreada jornada, qué delicia encuentra en las obras de los mejores músicos de la época, basadas en una sucesión

de dulces fórmulas armónico–algébricas! La oscuridad envuelve la sala, y Francis Bennett cae en un sueño semiinconsciente sin darse cuenta siquiera. Pero de pronto se abre una puerta.

–¿Quién es? –dice, girando el conmutador colocado bajo su mano.

Inmediatamente el aire se vuelve luminoso por una sacudida eléctrica producida en el éter.

–¡Ah! ¿Es usted, doctor? –dice Francis Bennett.

–Soy yo –responde el doctor Sam, quien viene a hacer su visita diaria... (contratada en su suscripción anual)–. ¿Cómo se encuentra?

–Bien.

–Tanto mejor... Veamos su lengua.

Y la observa bajo el microscopio.

–Bien... ¿Y su pulso?

Lo mide con un pulsógrafo, aparato semejante a los que registran las vibraciones del suelo y los terremotos.

–¡Excelente! ¿Y el apetito?

–¡Esto...!

–¡Sí, el estómago! ¡No anda ya muy bien! ¡Ha envejecido! ¡Pero la cirugía ha progresado mucho! ¡Será necesario transplantarle uno nuevo! Ya sabe, tenemos estómagos de repuesto, con garantía de dos años...

–Ya veremos –responde Francis Bennett–. Mientras esperamos, doctor, acompáñeme a cenar.

Durante la comida, establece comunicación fonotelefónica con París. Esta vez, Edith Bennett está sentada a la mesa y la cena, con los chistes intercalados por el doctor Sam, es deliciosa. Después, nada más terminar:

–¿Cuándo piensas regresar a *Universal City*, mi querida Edith? –pregunta Francis Bennett.

–Me voy ahora mismo.

–¿Por tubo o aerotren?

–Por tubo.

–¿Entonces estarás aquí...?

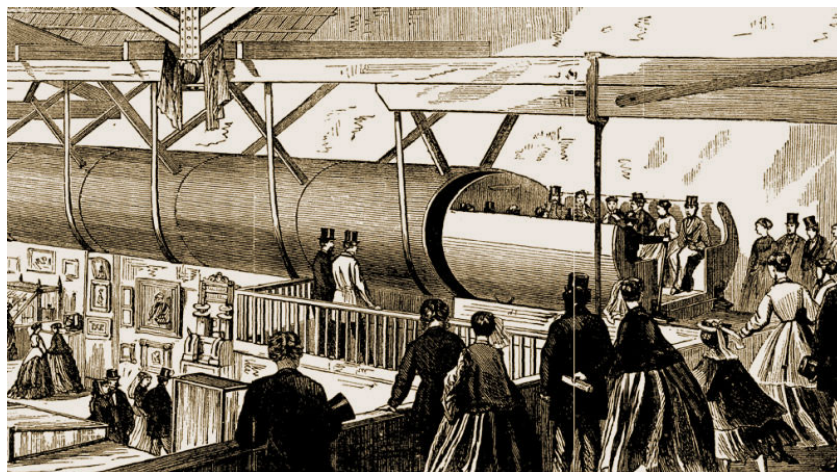
—A las once y cincuenta y nueve de la noche.

—¿Hora de París?

—¡No, no! Hora de *Universal City*.

—Hasta pronto, entonces. Y, sobre todo, no pierdas el tubo.

Estos tubos submarinos, por los que se viene de Europa en 295 minutos, son preferibles a los aerotrenes, que solo van a 1.000 kilómetros por hora.



El doctor se retira, después de haber prometido regresar para asistir a la resurrección de su colega Nathaniel Faithburn; y Francis Bennett, que quiere hacer las cuentas del día, entra en su despacho. Ardua tarea cuando se trata de una empresa cuyos gastos diarios ascienden a mil quinientos dólares. Afortunadamente, los adelantos de la mecánica moderna facilitan notablemente este tipo de trabajo. Con ayuda del piano-calculador-eléctrico, Francis Bennett acaba su tarea en veinticinco minutos.

Justo a tiempo. Apenas pulsa la última tecla del aparato totalizador, su presencia es reclamada en el laboratorio. Inmediatamente se dirige a él, donde es recibido por un numeroso grupo de científicos, que se hallan junto al doctor Sam.

Allí está el cuerpo de Nathaniel Faithburn, en su ataúd, colocado sobre caballetes en medio de la sala.

Se activa el telefoto y el mundo entero podrá seguir las diversas fases de la operación.

Abren el féretro... Sacan de él a Nathaniel Faithburn... Todavía parece una momia, amarillo, duro, seco. Suena como la madera... Lo calientan... lo exponen a electricidad... Ningún resultado... Lo anestesian... lo estimulan... Nada logra vencer este estado ultra-cataléptico...

—¿Y bien, doctor Sam? —pregunta Francis Bennett.

El doctor Sam se inclina sobre el cuerpo, lo examina con la mayor atención... Por medio de una jeringa hipodérmica, le introduce unas gotas del famoso elixir Brown-Séquard, aún de moda... La momia está más momificada que nunca.

—Bien —responde el doctor Sam—, creo que la hibernación se ha prolongado en demasía...

—¿Y entonces?

—Entonces, Nathaniel Faithburn está muerto.

—¿Muerto?

—¡Tan muerto como puede estarlo un muerto!

—¿Puede decir desde cuándo?

—¿Desde cuándo? —responde el doctor Sam—. Desde el momento en que tuvo la nefasta idea de hacerse congelar por amor a la ciencia...

—¡Vamos —dice Francis Bennett—, este método necesita ser perfeccionado!

—Perfeccionado es la palabra —responde el doctor Sam, mientras la comisión científica de hibernación se lleva su fúnebre paquete.



Francis Bennett, seguido por el doctor Sam, vuelve a su habitación y, como parece muy fatigado después de una jornada tan

atareada, el médico le aconseja tomar un baño antes de acostarse.

–Tiene razón, doctor... Así me repondré...

–Completamente, señor Bennett, y si lo desea, pediré al salir...

–No es necesario, doctor. Hay siempre un baño preparado en la mansión y ni siquiera tengo que molestarme en ir a tomarlo fuera de mi habitación. Mire, con solo tocar este botón, la bañera se pone en movimiento y vendrá ella sola con el agua a la temperatura de treinta y siete grados.

Francis Bennett presiona el botón. Un ruido sordo brota, crece, se intensifica... Luego, se abre una de las puertas y aparece la bañera, deslizándose eléctricamente sobre sus rieles.



¡Cielos! Mientras el doctor Sam se cubre la cara, unos grititos de pudor y espanto se escapan de la bañera...

Como ha llegado hace media hora a la mansión por el tubo transoceánico, Mrs. Bennett está dentro...



Al día siguiente, 26 de julio de 1890, el director del *Earth Herald* reinicia su ronda de veinte kilómetros a través de sus oficinas y por la noche, cuando opera su totalizador, estima los beneficios de la jornada en doscientos cincuenta mil dólares: cincuenta mil más que la víspera.

¡Qué magnífica profesión la de periodista a finales del siglo veintinueve!

